

Marcos Ordóñez
Big Time: la gran vida
de Perico Vidal

Primera edición, 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Marcos Ordóñez, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Todas las fotos reproducidas en el libro pertenecen al archivo de Alana Vidal, a quien agradecemos que las haya cedido para su publicación. La foto de la cubierta es obra de Julio Wizuete.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-03-0

Depósito legal: B. 19.866-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Fotografía de cubierta: Alana y Perico Vidal a caballo.

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Pepita Forever

Y para Xavier Pérez y Coral Cruz

Índice

MEETING MISTER VIDAL	11
LA PARTE DE PERICO	25
1. Welles, el jazz y la Barcelona de los cincuenta	27
2. Lanzando sillas contra Franco	41
3. « <i>What can we do for Pedro?</i> »	53
4. Sinatra y familia	65
5. Marilyn, JFK y otros	73
6. Nueva York, 1958	81
7. Buenas noches, Ava	89
8. Liz, Mank, Spiegel y Belmonte	97
9. «Es una puta piedra, no un cheque de mil dólares»	107
10. Bienvenido, Mr. Lean	119
11. Esperando a Zhivago	137
12. Rusia en Canillas y Soria	149
13. Susan, Brando y un dinosaurio en Cuenca	163
14. Irlanda no cree en la lógica	179
15. Fumando coyote con Mitchum	191
16. ¡Corten, me rindo!	203

MEETING MISTER VIDAL

Pedro Vidal, más conocido por Perico, Toto o mister V, murió mientras dormía, víctima de un cáncer, el domingo 5 de diciembre de 2010, en Madrid, a los 84 años. Al día siguiente fue incinerado en el cementerio de Pozuelo de Alarcón.

Yo le había conocido siete años antes, cuando preparaba las entrevistas para el libro *Beberse la vida. Ava Gardner en España*, que publicó Aguilar en 2005.

Todo el mundo me hablaba de él.

«Deberías hablar con Perico Vidal.»

«El que realmente sabe de todo esto es Perico Vidal.»

«¿Has hablado ya con Perico Vidal?»

Me lo dijo Rafael Azcona. Me lo dijo María Asquerino. Me lo dijeron Enrique Herreros, y Tedy Villalba y su mujer, Sol Carnicero.

Otros parecían sorprendidos cuando les mencionaba su nombre.

«¿Vive todavía?» O: «¿Ha vuelto a Madrid?». O: «Hace treinta años que no le veo».

Perico Vidal parecía ser el hombre clave, el que había conocido a todo el mundo, el que estaba en todas las

fiestas pero nunca quería aparecer en las fotos. Un hombre subterráneo, perdido, esfumado, una figura legendaria del pasado, envuelta en ríos de whisky, humo, música de jazz, risas, frases en inglés, ecos de zambullidas en una piscina nocturna.

«Ah, las fiestas en el ático de Perico Vidal duraban días y días...»

¿Quién era, qué había hecho Perico Vidal?

«Apunta», me dijo Enrique Herreros.

«Es el ayudante de dirección más importante que ha habido en España. Debutó con Welles en *Mr. Arkadin*, y trabajó con Mankiewicz en *De repente el último verano*, y con David Lean en *Lawrence de Arabia*, *Doctor Zhivago* y *La hija de Ryan*, para citarte solo algunas. Yo te cuento lo básico, el resto lo averiguas tú. En *Zhivago* se convirtió en uno de los imprescindibles de Lean. Perico era el único que conseguía hacer entrar en razón a Mitchum cuando rodaban *La hija de Ryan* en Irlanda. Cuando murió Lean, su viuda sentó a Perico a su lado durante el funeral, en la catedral de San Pablo.»

«Apunta también: amigo de Sinatra. Esto es importante, porque le presentaba diciendo: “*My friend Pedro, the man who saved my life in Spain*”. Sinatra en Hollywood y Christian Marquand en París fueron sus amigos del alma. Con lo que te puede contar Perico llenas dos libros.»

Bueno, primero tenía que encontrarle. Supe (por Miguel Mora, por Sol Carnicero) que había vivido en Harlem,

en Los Ángeles, en Río, en Cuernavaca, en Miami. Y en Barcelona y Madrid.

Sol Carnicero me pasó su móvil y sus señas.

«Insiste», me dijo, «porque puede pasar semanas sin coger el teléfono.»

Vivía en la calle Ferrer del Río. Llamé varias veces y dejé mensajes en el contestador. La voz del contestador simplemente decía «Perico».

Voz cavernosa, de bajo profundo. Voz nocturna.

La noche del 16 de mayo de 2003, tengo anotado, me contestó.

Hablamos un poco. Le pregunté por el famoso ático de Príncipe de Vergara, entonces General Mola, el «Hostal Vidal» de las fiestas interminables, por donde pasaron todos los artistas que caían por el Madrid de los años sesenta y setenta. Se echó a reír. Risa atronadora, con un deje de tristeza. «*Gone, gone, gone*», dijo.

Andaba liado. El lío, sabría luego, era una operación. Me pidió que le llamara de nuevo en un par de semanas. Cuando volví a Madrid me citó cerca de aquel ático, en el altillo de una cafetería.

Aquella noche anoté: «7 de junio 2003. Encuentro con Vidal. Fascinante tipo. Aire corsario: barba blanca, cabello blanco, ojos taladradores, llenos de vida. Mirada de halcón. Su rostro hace pensar en una mezcla entre John Huston y William Layton. Habla como un torrente; enlaza recuerdos pasando de un idioma a otro, castellano, catalán, inglés (con acento americano), francés (nativo), portugués (de su estancia en Brasil). Al comenzar me ha dicho: “Hoy estoy un poco cansado, lo

siento: el párkinson, la próstata, pasé por el hule la semana pasada...».

(No conocía yo ese dicho. Es una expresión torera, me aclaró: pasar por el quirófano. El hule de las camillas, cuando una operación ha de hacerse urgentemente, en plena plaza.)

El motivo del encuentro era hablar de Ava Gardner. En seguida me dijo que la había conocido poco, pero las historias que me contó eran formidables. «Te voy a defraudar, pero no éramos amigos, simplemente la conocí, estuve con ella unas cuantas veces», puntualizó. «Yo de quien era realmente amigo era de Francis.» Cuando comenzó a hablar de Sinatra pensé: «Es un fabulador. Todo eso no puede ser cierto». Siguió hablando. Yo le escuchaba y estaba cada vez más atrapado por lo que me contaba, sin que la sospecha desapareciera del todo. Hablaba de Jimmy Van Heusen y le sorprendió que yo recordara *Nancy with the Laughing Face*.

«Nadie recuerda ya esa canción», dijo.

Aquella canción fue, de alguna manera, una contraseña, un punto de unión. Tuve la impresión de que en aquel momento comprendió que me interesaba realmente lo que estaba contando, que no era un pardillo escuchando una batallita pleistocénica llena de nombres que no le decían nada. Se embolsó a partir de entonces, siguió hablando y hablando, yo cambiaba cinta tras cinta. De repente habían pasado tres horas. Yo tenía una cena, a la que llegaba tardísimo.

Corrí a llamar a mi mujer: «Una mina, creo que he encontrado una mina».

Decía eso pero seguía con mis dudas. No, no puede ser, son demasiadas historias, demasiadas relaciones. Pero todos a los que llamé coincidían. Resumen:

«Puede que exagere algo, todos exageramos un poco al recordar. Y puede que mezcle recuerdos, cosa de la edad. Y puede que invente algo, claro, pero será un pequeño tanto por cien. Lo importante es que ha estado ahí, ha vivido todo eso. Y a estas alturas no necesita venderte nada.»

Una cierta dosis de fabulación es inevitable en cualquier relato biográfico, sobre todo cuando recordamos hechos lejanos. Hay que contar con eso: casi siempre modificamos nuestros propios recuerdos, y acabamos creyendo que las cosas sucedieron así. Pero si Perico fabulaba, pensé, lo hacía muy bien, con todo lujo de detalles. Tiempo después, también pensé que exageraba cuando me dijo que David Lean le envió un cheque de cincuenta mil dólares como agradecimiento por su trabajo en *Doctor Zhivago*. Pensé que era mucho, muchísimo dinero, sobre todo a finales de los sesenta. Hasta que un día me enseñó, entre otros papeles, la fotocopia del cheque, que guardaba como un talismán.

Después de aquella conversación seguí entrevistando a gente para el libro sobre Ava. Era como lo de las cerezas: un entrevistado me llevaba a otro. Tardamos un tiempo en encontrarnos de nuevo. Aunque «su» entrevista había terminado, me apetecía mucho seguir escuchándole y preguntándole cosas.

En esa segunda fase nuestro punto de encuentro fue el bar del Hotel Palacio San Martín, en la plaza de las Descalzas Reales. Perico fumaba Camel corto, siempre de importación: «¿Quieres un pata negra?». Bebía agua o manchadas: leche con un poco de café. Un tarde, en el bar del hotel, me contó otra historia estupenda, y me puse tan contento que para celebrarlo levanté la mano y le dije al camarero: «¡Dos whiskies!». Perico lanzó un «¡No!» categórico, fulminante, que en aquel momento atribuí a una resaca.

Las siguientes charlas fueron telefónicas. Le llamaba para preguntarle algo o me llamaba él, casi siempre entre las nueve y las diez de la noche, porque había recordado algo que se le escapó en nuestro último encuentro. Yo anotaba rápidamente fragmentos de lo que me decía o, lástima grande, no anotaba nada, porque me quedaba lelo escuchándole. Y porque en ese momento no pensaba aún en un libro futuro: el libro futuro, inmediato, era *Beberse la vida*.

Aquel verano cayó por casa. Tenía amigos en Barcelona. La verdad es que tenía amigos por todas partes. Alguien que me pidió que no citara su nombre me contó que sus amigos le echaban siempre una mano cuando andaba mal de dinero. «Durante años y años, Perico abrió sus puertas a todo el mundo. Lo del “Hostal Vidal” no era una figura retórica. Albergaba a cualquier amigo que lo necesitara, sin hacer preguntas, como la cosa más normal del mundo, a pan y cuchillo. Tres meses, seis meses,

un año o dos, lo que hiciera falta. Perico siempre ha sido la generosidad pura. Por eso es normal que ahora que las cosas no le van tan bien intentemos devolverle algo de todo aquello. No quiero que él sepa eso. Nosotros lo entendemos así, quizás porque somos de otra quinta, la quinta que creció con *Beau Geste*: el compañero siempre es lo primero.»

Cuando estaba en Barcelona, Perico no llamaba nunca por teléfono: se dejaba caer. Sus amigos no vivían lejos de nuestro barrio, me pareció entender. Así que aquellas tardes de verano (siempre hacia el anochecer, porque para él la siesta era un ritual sagrado e infaltable: siestas «de pijama y crucifijo», decía), llamaba al timbre (siempre dos toques), y si estábamos subía y se sentaba en el sillón y comenzaba a hablar.

No hacía yo muchas preguntas. Preguntas directas, quiero decir. Le ponía discos antiguos que a veces abrían compuertas largo tiempo cerradas, o veíamos un trozo de alguna película en la que él había participado, y a partir de lo que veía y escuchaba surgían las historias. Aunque no tuviera que ver con Ava Gardner, era tan apasionante lo que contaba que empecé a pensar en otro libro posible, y a grabar aquellas charlas.

Para lo que fue su vida, hablamos poco. Este es un libro breve que podía haber tenido quinientas páginas. La condensación siempre es buena, pero a menudo lamento no haber sido más metódico, no haber preguntado más, no haber ido paso a paso, persona a persona, pero no quería interrumpirle, cortar el chorro, y menudo chorro era el suyo. «De esto ya hablaremos más adelante», decía,

o «De esto otro hay mucho que contar, recuérdamelo», y a veces no se lo preguntaba porque la conversación nos llevaba para otro lado.

También había otras cosas, en cambio, de las que no le apetecía hablar, y lo decía bien claro, y convenía no insistir. De su padre y de su infancia, por ejemplo. Notabas en el acto que había asuntos duros para él porque se le humedecían los ojos. Si ha de salir, saldrá, pensaba yo. A veces salía y a veces no volvía a pasar por aquella calle, por así decirlo. Hay grandes lagunas en su historia, años malos, decía, «años en los que estuve fuera del mundo», y no decía más. Decía: «Lo importante no soy yo, lo importante es la gente que he conocido».

Hablaba y hablaba y comenzaba a anochecer, caía la noche y yo me olvidaba de encender la luz, embebido, o no quería encenderla para no romper el clima, y nos quedábamos a oscuras. Esto me ha pasado algunas otras veces y siempre es una buenísima señal, siempre recuerdo eso de las mejores entrevistas. O se acababa la cinta y como el grabador era un trasto prehistórico del que todos se reían, pero dónde vas con eso, cómprate un mp3, el botón no saltaba y quedaban muchos minutos en el limbo, que a veces reconstruía luego o ya nunca, qué le íbamos a hacer. Así se perdió, por ejemplo, entre muchas otras, la historia de sus correrías parisinas con los Marquand.

Luego desaparecía, largas temporadas, y al volver contaba que había estado en México o en Miami, en «tierras calientes», porque odiaba el invierno seco de Madrid y, peor, el invierno húmedo de Barcelona, que le

atravesaba los huesos. «Soy como las arañas», decía, «que siempre buscan el calor, y más a mi edad.»

En México también tenía muchos amigos. En Cuernavaca y en el Distrito Federal. Viejos amigos del cine y de Alcohólicos Anónimos. Había asistido y luego guiado a grupos de apoyo. Allí le adoraban. Esto lo supe más tarde. Tardó en hablarme de ese asunto.

Algunas historias las contaba varias veces y no siempre del mismo modo. De golpe aparecía un elemento nuevo. «Complétalo tú. Ya buscarás por ahí los datos que faltan, las fechas exactas, en internet ahora está todo. Eso es lo de menos. Lo importante es la esencia del recuerdo, lo que queda en la memoria.»

Aquel invierno parecía un aristócrata *beatnik*: abrigo de pelo de camello, tejanos muy desteñidos, Reebok blancas. Ya nos veíamos menos, porque andaba yo con otros proyectos.

Hubo varios intentos de convertir aquellas conversaciones en libro.

Hablé con un par de editores. Me dijeron lo mismo: «No es famoso, no es conocido». Yo les repetía lo que Perico había dicho, que lo importante no era él (aunque a mí sí me parecía importante, y mucho, por lo que había vivido y por su forma de contarle), sino la otra gente, Welles, Lean, Sinatra, y tantos otros, y la Barcelona de los cincuenta, y el Madrid «de los americanos», pero acaba siendo fatigoso intentar convencer a los que no quieren ser convencidos, por mucho que hablen de su pasión por los narradores orales, así que dejé de intentarlo y guardé las cintas y las notas, y una mañana

de diciembre me encontré con la noticia de la muerte de Perico, y entonces ya fue irremisiblemente tarde, claro.

El día de su muerte volvieron dos recuerdos: Perico levantándose del sillón de un salto, con lágrimas en los ojos, para bailar *Echoes of Harlem* como un derviche poseído por la música; Perico cantando *O Barquinho*, de João Gilberto, y diciendo después: «Ya nunca volveré a Río». Cuando se lo conté a Isaki Lacuesta, que filmó a Perico en *La noche que no acaba*, lamentó no haber podido rodar momentos como esos. En esa película Perico comenzaba a ser una sombra de lo que había sido. ¡Qué lástima!, lástima que no le hubiera pillado entonces.

Dos años después, Borja Hermoso, mi jefe en la sección de Cultura de *El País*, me encargó una columna semanal y un blog, que llamé *Bulevares Periféricos*. Un blog cultural, me dijo, pero en el sentido más amplio del término: teatro, cine, literatura, música, crónicas, entrevistas, etcétera.

Aquella primavera, ordenando papeles, encontré las cintas de nuestras conversaciones y algunas de las libretas en las que tomaba apuntes, y recuperé lo que me había contado en *Beberse la vida*.

Decidí dar el material por entregas, como en los periódicos antiguos, porque sentí que se lo debía. Entregas un tanto condensadas y recortadas, porque transcribía y montaba rápido. Pensé: da igual, ya iré retocando, la velocidad le va bien, Perico hablaba como una ametra-

lladora. Quince entregas, entre abril de 2012 y marzo del año siguiente.

A Luis Solano, el director de Libros del Asteroide, le gustó la idea de hacer un libro a partir de aquellas entregas, de modo que aquí estamos. Hay modificaciones, supresiones y añadidos, pero creo que lo fundamental no ha cambiado. Entre las novedades, esta suerte de pórtico, que en su versión original era más sucinto y menos personal, y, sobre todo, la segunda parte o coda o *bonus track*, «La parte de Alana», que fue un regalo inesperado, como se contará en su momento.

Titulé la serie *Big Time: la fabulosa vida de Perico Vidal*, que ahora he cambiado por *La gran vida de Perico Vidal*. Me gusta más este título: tiene una connotación más placentera, de disfrute. Y, sobre todo, de logro. Ahora lo explico.

Para empezar, el antetítulo, *Big Time*, está ahí porque era una expresión que Perico utilizaba con frecuencia. Es uno de esos términos ingleses (americano, más bien) de naturaleza un tanto mutante, porque varía según el contexto. Como adverbio suele traducirse por «a lo grande» o «a base de bien». *To be into the big time* puede ser «estar metido en algo plenamente, hasta el fondo». Como adjetivo (con guión incorporado) también indica una cota: *a big-time cinema* es «el gran cine», por ejemplo. Como sustantivo, *to reach the big time* es «alcanzar el triunfo». Y Perico siempre decía que triunfar no es otra cosa que hacer lo que te gusta.

Vivió a lo grande, apurando la vida, y «metido en algo plenamente, hasta el fondo». Y triunfó, hasta que el tiempo y sus estragos le llevaron para otro lado. Acabó una época, una gran época, y la ola le arrojó a la playa, y no le fue fácil levantarse, pero lo consiguió, y lo hizo por amor, y eso nos cuenta Alana en la última parte.

Y también eso fue un triunfo vital, su último gran triunfo.

Así que, sin más preámbulos...

Luces, cámara, ¡acción!

LA PARTE DE PERICO

